

EL POEMA DEL HIJO

Cae la tarde dorada
tras de los verdes pinos.
Hay en las altas cumbres
un resplandor rojizo,
y el perfil de los montes
se recorta en un nimbo
de luz verdosa, azul, aurirrosada.
En el añil el humo está dormido.

Quieta la tarde y dulce.
—Ven al campo, hijo mío:
comeremos majuelas,
iremos al endrino,
te alcanzaré las bayas de los robles,
y, en aquel regatillo
de los helechos, cogerás las piedras
y cortarás los lirios.

Entre mi mano, suave,
su manecita oprimo,
y avanzamos parejos
por el albo camino.

Los cuencos y colodras
del viejo cabrerizo,
llenando va la ordeña
con blanco chorro, mantecoso y tibio.
Y la leche, aromada
de menta y de tomillo,

(1) Pretendemos con la reproducción de estas poesías de indudable valor antológico y que entran, por consiguiente, en la esfera de lo clásico, darlas a conocer a las personas que no hubieran disfrutado aún con su lectura y proporcionar a los que ya las conociesen, el gozo de volverlas a leer.

sus fragancias esparce
por el verdor ya seco del aprisco.

—¿Tienes hambre? Si vemos
al pastor de los chivos,
al que en las «Maribuenas»
la otra tarde te dijo:
«Vaya un zaгал con los ojuelos guagos»,
llámale, y le pedimos
una cuerna de leche
y el cantero de pan que te ha ofrecido.

Es tarde. Los trucheros
se recogen del río;
cubren con sucias ropas
los cuerpos renegridos
y, entre la malla de la red, platea
la pesca que rebosa del cestillo.

De su pinar se tornan los hacheros;
aire lento y cansino;
en los hombros, las hachas,
y en sus gastados filos,
un reflejo fugaz, que a ratos hiere
los semblantes cetrinos.

Se acercan. —Buenas tardes.
—Vaya con Dios, amigo...
—¿Pero no los conoces?
El de la ajada es Lino,
el que la otra mañana
trajo al Paular el nido,
el que baja en el carro de sus bueyes
los troncos de los pinos...

—¿Te fatiga la cuesta?
Descansaremos, hijo.
Aquí, no; más arriba,
que ya se siente la humedad del río.

La espesura del roble
va cerrando el camino;
se oye el graznar de un cuervo
y un lejano silbido.

—¿Por qué te paras?... ¿Tiemblas?...
¿Acaso sientes frío?...
¡Ah, ya... Caperucita!...
No temas; vas conmigo.
El lobo vive lejos
y es generoso y noble con los niños.

Finge un céfiro blando
misterioso suspiro;
el pipiar de las aves
ha cesado en los nidos.

—¿Que te lleve en mis brazos?
¡Siempre acabas lo mismo!
Agárrate a mi cuello:
no sueltes y te caigas, hijo mío.

No siento la materia:
es aire y luz mi pensamiento limpio.
De la carne desnudo,
lleva al viento el espíritu.

—¿Vas bien?... No me responde.
Como el humo en el aire, se ha dormido.
¡Ay, deleitosa carga,
de mi cansancio alivio!

ENRIQUE DE MESA